



Felipe Torres



Diputación
de Salamanca



Salamanca 2002
Ciudad Europea
de la Cultura



Junta de
Castilla y León

Felipe Benedicto Torres García nació el primero de mayo de 1905, en Narros del Castillo, provincia de Ávila, donde su padre trabajaba temporalmente. De ascendencia castellana (Villoria, Zorita de la Frontera y Salamanca eran las naturalezas de sus abuelos), fue el primer hijo de una familia que después completarían Nicolás, Teodosio, Juan, Andrés, Teodoro y Juliana. Su existencia transcurrió desde la infancia en la ciudad de Salamanca.

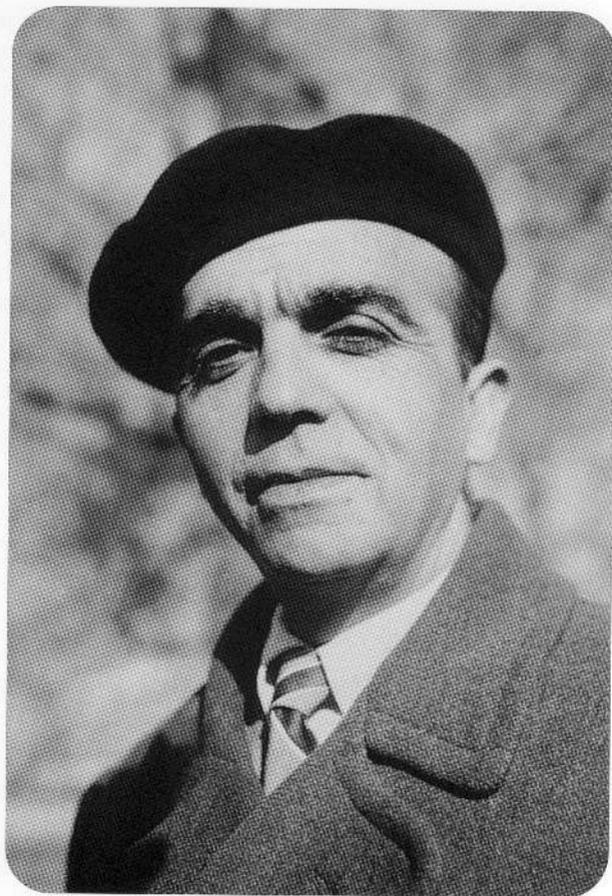
Felipe y sus hermanos acudían diariamente a la escuela de San Juan Bautista, que había fundado el párroco que regentaba aquella parroquia, llamado don Luis Sevillano. Aparte de la escuela de barrio, don Luis fundó también unas becas a costa de su exíguo pecunio que ayudaban a estudiantes inteligentes pero carentes de recursos económicos en su pretensión de cursar la carrera de Magisterio. Felipe fue considerado por el cura idóneo para el disfrute de una de ellas, pero a los 12 años –en 1917– su porvenir como futuro maestro se truncó inesperadamente con la muerte de su padre, que a los 38 años dejaba viuda e hijos, como fatal desenlace a una larga enfermedad.

Desde muy pequeño despuntó en Felipe la afición por el dibujo y la pintura. Siendo niño, después de salir de la escuela iba a dibujar a San Eloy, donde impartían clases gratuitas, obteniendo varios diplomas. Pero su gran pasión sería la fotografía.

Conoció la fotografía cuando entró como aprendiz en el estudio de Ansedo y Juanes hacia los 13 años; después de una fugaz experiencia como pintor de brocha gorda, oficio que tuvo que abandonar porque perjudicaba seriamente su salud.

Fue contratado después como oficial en fotografía por Almaraz, en la calle Toro, al tiempo que Antonio Mimosa entraba en la empresa como aprendiz. En esta época y en sus ratos libres, ensayó algunos pinitos en el campo de la publicidad, diseñando carteles anunciadores de festivales taurinos, de establecimientos comerciales y empresas, fiestas de Carnaval, bandas de mises, o carteles de las obras que se representaban en el Teatro Liceo, al mismo tiempo que su hermano Andrés diseñaba y pintaba los decorados de los escenarios. Muchos de estos trabajos reflejan una imaginación y gracia notables.

Su edad le libró del llamamiento a filas en la Guerra Civil, pero no pudo zafarse de los problemas de la escasez. En plena postguerra, año 1941, dejó a Almaraz para abrir su propio establecimiento de fotografía, en el número 60 de la Calle Zamora, frente a la Iglesia de San Marcos. Esta escasez y el racionamiento afectaban de forma significativa a su negocio, por restricciones en el suministro eléctrico que le impedían trabajar cuando podía y deseaba, de forma que tuvo que compaginar el ansiado trabajo creativo con el del retoque



El archivo de Felipe Torres, compuesto por 5.098 negativos, 4.883 positivos y 1.060 diapositivas, fue donado en 1988 por la hermana del autor, Juliana Torres García, a la Diputación de Salamanca, que lo depositó en la Filmoteca de Castilla y León en febrero de 1998.

Se presentó a una plaza de fotógrafo en el Departamento de Ingeniería de la Compañía Telefónica Nacional, en Madrid, en febrero de 1950, solicitud que le denegaron «por la edad»: tenía entonces 44 años. La situación económica no desalentaba e intenta una salida desesperada solicitando el certificado de emigración para establecerse en Bahía Blanca (junio de 1956) y gestionando la obtención del pasaporte, a sus 51 años. Todo dispuesto para el viaje, en el último momento renunció a marcharse porque no le permitían llevarse a su familia: madre y hermana que dependían económicamente de sus ingresos.

Por eso siguió en su pequeño negocio hasta que en mayo de 1957 tiene que dejarlo porque el dueño del local iba a reedificar. Al año siguiente es contratado por un empresario de Igualada que le ofrece montes y morenas (abril de 1958): allí viajó esperanzado y de allí volvió desengañado.

De regreso, trabajó con Carballeira, hasta su jubilación, conociendo también en este postrero empleo los sinsabores del engaño por parte del empresario, que le había venido dando de baja por enfermedad tres veces cada año, sin que Felipe hubiera estado enfermo ni supiera nada del asunto, lo que le causó serios problemas a la hora de conseguir la pensión de jubilación. Gracias al doctor Talavera pudo finalmente cobrarla, y para él trabajó, ya jubilado, unas horas al día en el revelado de radiografías.

Era de silueta menuda y proporcionada, de corte aseado y peripuesto; su voz era armoniosa aunque tenue, los ojos grandes y oscuros, generosa calva coronando su siempre brillante y despejada frente, una peculiar barbilla y la misma claridad en la piel que en la mirada. Sin lugar a dudas tenía una imagen recogida, ordenada y grácil, que remataba indefectiblemente en amplia sonrisa.

Desde el punto de vista de su personalidad, la vida de Felipe tuvo por denominador común la mansedumbre, la humildad, la sencillez y la elegancia. El calificativo que mejor reflejaría esta personalidad global sería el de la bondad.

El arte: entre el oficio y la pasión

El único privilegio que quizá disfrutó Felipe en su vida fue el de sentir total embelesamiento por el arte, que le entretenía y le entusiasmaba. La pintura y la fotografía llenaron su vida laboral y personal con un apasionamiento tan desbordante como duradero.

Solía ocupar sus ratos de ocio en la copia, fotográfica o pictórica, de paisajes y conjuntos arquitectónicos salmantinos, siempre del natural. Se presentó a multitud de concursos de fotografía y pintura; fue asiduo colaborador de varias publicaciones relacionadas con esta temática: en la revista Sombras (órgano oficial de la Real Sociedad Fotográfica) se publicaron bastantes fotografías suyas, y le premiaron muchas de ellas. Lo mismo que en otros clubes fotográficos, como los de Elche, Écija, San Sebastián, Barcelona y Bilbao; participó en salones internacionales de fotografía, incluso fue suya alguna portada del diario ABC. También ganó varios concursos de pintura a los que presentó sus composiciones.

En cuanto podía, o tras la comida del mediodía en sus años como jubilado, comenzaba Felipe su cotidiano paseo. Sosegadamente, en lenta conversación, compartía las riberas del Tormes con sus amigos Isidoro Álvarez, Alfonso Rivera y Antonio Ávila; ocasionalmente también José Núñez Larraz, que tanto le apreciaba. Todos, cámara en mano, se disputaban sin confesarlo la mejor versión fotográfica del casual objetivo recién inventado.

Así, el archivo fotográfico de Felipe Torres es reflejo de su vida cotidiana. Viajó muy poco y por eso la mayoría de sus escenas corresponden a la ciudad de Salamanca o sus alrededores. Temas que se completan con algunas instantáneas de Madrid, Galicia y Cataluña, únicos lugares que visitó.

Por lo que se refiere a la temática destacan dos ambientes: el urbanístico y las escenas anecdóticas. La ciudad de Salamanca fue privilegiada por su objetivo en las más dispares circunstancias y desde las perspectivas más inusuales. Su archivo conserva unos 500 clichés en los que se captó la típica imagen del puente romano y la catedral salmantina de fondo, pero nadie podría adjetivar de reiterativo el tratamiento de este tema. Magistralmente combina luz y perspectiva, incluyendo siempre el detalle ajeno a la magnitud arquitectónica y paisajística del entorno, que generalmente se emplea como telón de fondo de otra serie de escenas concatenadas. Un pájaro, la nieve, la rama de un árbol, el niño, la bruma o el ocasional espectador ensimismado, añaden la impresionante nota de singularidad a fotografías hechas en blanco y negro.

Felipe es también maestro en el arte de reflejar la individualidad de las escenas que aglutina en cada composición: la pulcritud ceremonial de cualquier acto frente al accidental transeúnte que distrae y enriquece la escena; agudos contrastes entre lo nuevo y lo viejo, la luz y la sombra, el cielo y la tierra, lo natural y lo irrepetible, el chascarrillo, el matiz... Su diafragma no refleja dramatismo ni dolor, ni siquiera cuando estos son el objetivo de su cámara: más bien calma y goce de la vida. Hasta el más harapiento de sus personajes o el más pulgoso de los perros adquieren en su retina la dignidad del protagonista elegido que tiene el privilegio de asistir al acontecimiento único de la naturaleza que lo envuelve. La belleza de lo sencillo.

Como decía en el libro *Felipe Torres. Fotógrafo salmantino*, editado en 1997 por la Diputación de Salamanca, «en conjunto, puedo decir que la obra artística de Felipe Torres destaca por la infrecuente capacidad de plasmar en cada imagen distintas formas, maneras y niveles de captación y experiencia de lo coti-



La colada



Gitanilla



Mercado del Arrabal



Huerto



La Alamedilla

CATÁLOGO

1. Ante la Catedral
2. Parra de la casa rectoral
3. Alrededores de la Catedral
 4. Sacando brillo
 5. Conversación
 6. El Corrillo
7. Paseo de las Úrsulas
8. Víspera de San Juan
 9. Cruz de mayo
 10. La Alamedilla
11. Silueta con mantón
 12. Melonera
 13. Ultramarinos
14. Mercado Central
 15. Tráfico
16. Mercado del Arrabal
 17. Vistahermosa
 18. La colada
19. Tendedero junto al río
20. Catedral sobre el Tormes
 21. Abrevadero
 22. La solana
 23. Huerto
24. Por el sendero
 25. La era
26. Fiesta patronal
 27. Día de fiesta
 28. Oasis
29. Puente del Congosto
 30. Gitanilla

